

Xavier Sala i Martín

La tragedia del bien comunal

Se han fijado en que cuando vamos al restaurante en grupo y dividimos la cuenta entre todos, la factura es mucho más alta que cuando cada uno paga lo suyo? Si pagamos individualmente, todos evaluamos el beneficio y el coste de pedir langosta. Si el coste es demasiado alto, nos inclinamos por el pollo, que es más barato. Por el contrario, si el coste de la langosta se divide entre quince, ya no sale tan cara, por lo que decidimos pedirla. El problema es que todos los comensales piensan lo mismo, por lo que todos acaban comprando langosta (y copas, y puros) y la factura común acaba siendo estratosférica.

Este es un problema económico que se conoce como "la tragedia del bien comunal". Los bienes comunales son aquellos que mucha gente puede utilizar a la vez: un parque, el mar, el bosque y los aparcamientos en las calles de la ciudad. Todos ellos comparten un fenómeno curioso: el beneficio es para el usuario, pero los costes se comparten entre todos. Por ejemplo, si las tierras de pasto son comunales (como lo eran en la Europa medieval y todavía lo son en algunas zonas rurales), la hierba que come mi vaca me beneficia a mí, su propietario, porque me da mejor leche o mejores terneras. La destrucción que ocasiona mi vaca cuando come, sin embargo, es compartida por todos los demás propietarios, ya que sus vacas tienen menos pasto para comer. La tragedia de este tipo de situaciones es que, al ser los beneficios individuales y los costes compartidos, los usuarios tienden a poner demasiadas vacas y a sobreexplotar los recursos. Al final el pasto desaparece. Del mismo modo, los pescadores tienden a sobrepescar hasta que el mar se queda sin bancos de pesca, los leñadores tienden a cortar demasiados árboles hasta que nos quedamos sin bosques y cuando la factura es comunal, todos pedimos langosta, y se convierte en descomunal (y perdonen el fácil juego de palabras).

Para evitar la tragedia, se han propuesto dos tipos de soluciones. La primera es la privatización. Si la tierra de todos se divide en parcelas y nuestras vacas sólo puede pastar en nuestra granja, cada uno de nosotros se encargará de mantener un número de vacas que permita un pasto sostenible porque si este desaparece, desapare-

X. SALA I MARTÍN, *Columbia University, UPF y Fundació Umbele*



JORDI BARBA

ce el negocio. En el caso del restaurante, la solución es que cada uno pague lo suyo.

La privatización de los bienes comunales a veces es complicada por la naturaleza del bien en cuestión. Por ejemplo, es muy difícil dividir el mar en parcelas privadas. Para estos casos, las sociedades han encontrado otra solución: la intervención del Estado. El Estado se apropia del bien comunal (el mar), decide la cuota de pescado de cada uno y castiga con multas a los que se pasan. En el caso del restaurante, la solución consistiría en establecer una ley que prohibiera a los grupos de más de seis personas pedir langosta (una ley que seguro que le encantaría aprobar a la Generalitat actual, amante de regular y prohibir los comportamientos más recónditos del ser humano).

¿Por qué les explico todo esto? Pues porque el premio Nobel de Economía 2009 ha sido concedido a Elinor Ostrom, una politóloga que piensa en una tercera

vía para evitar la tragedia del bien comunal: la cooperación. Si la gente que va a cenar en grupo lo hace repetidamente, son amigos y tienen sentido de la vergüenza, seguramente desarrollarán mecanismos para evitar que nadie se pase: el que pide langosta un día no es invitado el día siguiente, o se le recrimina en público o se habla entre todos para ponerse de acuerdo para que no pase.

Las investigaciones de Ostrom están entre la economía, la antropología y la ciencia política. Un ejemplo interesante ocurre con los pastos de los nómadas del centro de Asia. Los satélites detectaron hace años que el pasto en las zonas de Rusia y China estaba desapareciendo mientras que los de Mongolia, no. Ostrom observó que en Rusia y China las tierras estaban colectivizadas mientras que las de Mongolia seguían siendo explotadas según las normas milenarias de las tribus de la zona (que compartían tierras y se respetaban entre ellas de tal modo que nadie se atrevía a perjudicar a las tribus vecinas). En 1980, China cambió de sistema y privatizó la explotación. Los satélites demostraron que los pastos no aumentaron. Con este ejemplo, Ostrom mostró que las soluciones encontradas por las tribus milenarias basadas en la cooperación y el respeto a veces son superiores a la privatización o a la intervención pública.

Ostrom no estaba entre los favoritos (lo escribo en masculino porque entre los favoritos no había ninguna mujer) a recibir el premio Nobel este año. Su contribución no es ni de las más citadas ni de las más conocidas del mundo. Yo, de hecho, confieso que no sabía quién era hasta el día que se le concedió el premio. Su metodología no es la más comúnmente aceptada por la profesión y sus conclusiones no parecen tan sólidas o bien probadas como las que la ortodoxia exige hoy en día. Pero, ya se sabe, a veces al Comité Nobel le gusta premiar las fronteras de la heterodoxia y eso, a la ortodoxia, no le gusta. Yo siempre he sido partidario de escuchar las ideas minoritarias, porque la ciencia no es democracia: en ciencia, que la mayoría piense una cosa no quiere decir que sea verdad. A veces, personas como Copérnico o Darwin están solos contra todos y... acaban teniendo razón. Bienvenido sea, pues, el premio Nobel a la señora Ostrom, no porque sea una mujer, sino porque nos enseña una nueva manera de enfocar la tragedia del bien comunal.●

Pilar Rahola



La terapia del alcalde

Sabíamos lo de las comisiones de investigación. Aquello que aprendimos con el *Sí, ministro*, que aseguraba que la mejor forma de tapar un escándalo político era crear una comisión parlamentaria. También sabíamos lo de los consejos de asesores, peculiar eufemismo que permite a un cargo político tener a un grupo de influyentes haciéndole la pelota, felizmente agradecidos por las simpáticas dietas que reciben. Pero lo que no sabíamos era lo de la terapia de grupo, al parecer un nuevo método para intentar conseguir mantenerse en el sofá del poder.

Esta última opción ha sido la escogida por el alcalde Hereu para insuflar moral a sus alicaídas tropas, ante las malas expectativas electorales que les rondan. "500 mandos del Ayuntamiento, concejales, gerentes, técnicos municipales, funcionarios y técnicos del más alto nivel", según informaba *La Vanguardia*, fueron los convocados. Se reunieron en L'Illa Diagonal para someterse a un encuentro zen, donde Jordi Hereu, transmutado en gurú del buen rollo, les impartió una dosis intravenosa de autoestima. Des-

Reunir a técnicos que no son de su propiedad, sino de la institución, y darles un mitin es obsceno

pués de asegurar que el mundo entero se encuentra en Barcelona (no se sabe si en la guarra, o en la otra), Hereu los animó a superar los "nubarrones, las brumas y el *embolica que fa fort*", males causados, todos ellos, por la crisis y los secuaces de la crisis, ergo, la cainita oposición y la malvada opinión publicada. Es decir, el problema grave de inseguridad ciudadana (me decía un guardia urbano, ayer mismo, que por la noche no se atrevía a entrar en según qué zonas del Gòtic), la falta de liderazgo político, la incapacidad de tener una mínima estrategia para la prostitución, el desánimo de sectores productivos, la contaminación (denunciada por la UE) o la falta de vivienda social, por poner algunos ejemplos de la dura realidad, no son más que inventos de los plumillas, gentes, todos nosotros, que sólo estamos en este perro mundo para fastidiar a Jordi Hereu.

Que reuniera a sus capitanes y a las decenas de "asesores" puestos a dedo, para venderles soflamas de resistencia, me parece feo, pero previsible. Al fin y al cabo, se juegan la nómina. Sólo espero que no haya pagado el evento con dinero público. Pero reunir a técnicos y a funcionarios, que no son de "su propiedad", sino de la institución, y darles un mitin político, a mayor grandeza de su grandeza, es más obsceno. Primero, porque no dependen de su magnanimidad o de su filia política, sino de su propio esfuerzo. Y, segundo, porque cuando Hereu ya no sea alcalde, estos continuarán trabajando por la ciudad, más allá de las ideologías, los partidos y los amigos del alcalde de turno. No necesitan terapias de grupo, ni chalecos protectores contra los pérfidos comentaristas. Sólo necesitan directrices inteligentes para hacer bien su trabajo. Y de eso escasean, estimado alcalde, de eso y no de autoestima.●

Remei Margarit

De la dignidad

Escribió Kant: "En el reino de los fines todo tiene un precio o una dignidad. Aquello que tiene precio puede ser sustituido por algo equivalente; en cambio, lo que se halla por encima de todo precio y, por tanto, no admite nada equivalente, eso tiene una dignidad". Ante ese enunciado que comparto de manera absoluta una se pregunta por todos esos individuos corruptos, qué piensan de su dignidad, qué han hecho de ella, porque el ser humano tiene la dignidad de ser precisamente humano y hay que muy malvivir con uno mismo cuando se pone precio a la persona, cuando uno se vende al mejor postor, cuando se vende por los objetos.

El filósofo Comte-Sponville dice: "La

R. MARGARIT, *psicóloga y escritora*

dignidad del ser humano es la parte de sí mismo que no es un medio, sino un fin, que no sirve para nada, sino a la que hay que servir, que no se puede vender y que, por eso, nadie puede comprar". En este mundo que estamos construyendo en que casi todo se compra y se vende, es necesario reivindicar el valor de la dignidad, lo esencial de la persona, aunque por lo que parece, algunos, demasiados, ignoran quiénes son y se ofrecen en el mercado como otro objeto vendible más.

Parecería que ese afán por aparentar lo que fuere sólo esconde otro afán, el de no mostrarse cual uno es; es decir, el pobre concepto de uno mismo lanza al individuo correspondiente a una carrera de apariencia que es como un pozo sin fondo, nada es nunca bastante, el "todavía más" se apodera de la escena y se pierden los pun-

tos de referencia que podrían acercar al hombre a sí mismo y aceptarse tal cual es.

Demasiados caen en esa trampa que les lleva a la franca delincuencia, porque la pérdida de límites aboca a una prisa por ser "alguien", no se sabe frente a quién, no se sabe con quién están compitiendo, posiblemente tan sólo con sus propios fantasmas infantiles. Socialmente no está mal visto que la apariencia se adueñe de la escena, es más, desde los medios se elogia a personajes que se deberían poner bajo la lupa. La palabra *éxito* es como el talismán que abre la cueva de Alí Babá, poca gente se cuestiona qué significa; es un término de nuevo cuño; en mi juventud no se oía ni con esa frecuencia ni con ese alarde con el que se usa ahora. Era mejor vista la discreción y el respeto y ello es todo otro estilo de vida.●